

Dolor de ausencia, dolor no imaginario

Por Juan de Dios Oyarzún, Sociólogo y estudiante de Teología.

El dolor por la ausencia de la persona querida, es de los dolores más devastadores a los que se puede someter la existencia humana. La ausencia provocada por la lejanía espacial, en determinación de su prolongación temporal, es motivo de la añoranza doliente por la persona ausente; pero sin duda, el dolor más profundo de este tipo, es el que reporta una ausencia definitiva, siendo inmediato en esto, la ausencia irreversible por la muerte de la persona. Desde esta perspectiva, tanto la literatura como la teología han emprendido rumbos particulares para acercarse a la realidad existencial de la ausencia y de la muerte. La literatura, me atrevo a decir, se acerca al dolor de la ausencia, justamente, en el introducirse en las profundidades de ese dolor, en el mirar el rostro del hombre, su experiencia, y desde ahí poner en la conciencia la realidad del dolor, sin subterfugios, en la vivencia narrada, en prosa o en lírica, de la situación de dolor de un personaje o del poeta. Por otra parte, la teología y la espiritualidad cristiana se acercan al dolor de la ausencia a través de la pregunta por el sentido, por encontrar respuestas desde la opción creyente, la fe, en un enfrentarse ante la interrogante por la presencia de Dios en la ausencia del ser querido, un grito, rebelde o sumiso, hacia el supuesto de un Dios que ha permitido o querido la situación de dolor y la partida de la persona ausente, y desde ahí, volver a plantearse el sentido de la vida hacia el futuro. La experiencia del dolor por la ausencia es uno de los motivos más profundos para las crisis de fe que surgen en los creyentes, o incluso, del paso de una opción creyente a una no-creyente.

Desde esta mirada, es interesante lo sugerido en uno de los pocos no-antipoemas de Nicanor Parra (1914), «El Hombre Imaginario» (*Hojas de Parra*, 1985), donde el autor se acerca con especial maestría y suspicacia al tema del dolor por la ausencia, en este caso, la ausencia de la mujer amada. Primero, entonces, leamos con atención el poema, para luego entrar a reflexionar desde él:

*El hombre imaginario
vive en una mansión imaginaria
rodeada de árboles imaginarios
a la orilla de un río imaginario*

*De los muros que son imaginarios
penden antiguos cuadros imaginarios
irreparables grietas imaginarias
que representan hechos imaginarios
ocurridos en mundos imaginarios
en lugares y tiempos imaginarios*

*Todas las tardes tardes imaginarias
sube las escaleras imaginarias
y se asoma al balcón imaginario
a mirar el paisaje imaginario
que consiste en un valle imaginario
circundado de cerros imaginarios*

*Sombras imaginarias
vienen por el camino imaginario
entonando canciones imaginarias
a la muerte del sol imaginario*

*Y en las noches de luna imaginaria
sueña con la mujer imaginaria
que le brindó su amor imaginario
vuelve a sentir ese mismo dolor
ese mismo placer imaginario
y vuelve a palpitar
el corazón del hombre imaginario*

El análisis crítico de este poema es rico en evocaciones por la belleza y profundidad literaria y existencial que el mismo poema contiene en sus versos, pero para esta ocasión tomaremos sólo lo que atañe a nuestro tema. El poema, tomando el análisis literario de José

Miguel Ibáñez Langlois¹, nos muestra a través de la sucesiva repetición del adjetivo imaginario, la creación de mundos, de una situación, de la vivencia de una persona: el hombre imaginario. La renovación constante del adjetivo imaginario va abriendo nuevos sentidos y perspectivas a la situación del protagonista, en camino hacia el núcleo central de tal experiencia que se hace explícito en el último párrafo del poema: el dolor por la ausencia de la mujer amada, a fin de cuentas es un poema sobre una gran pena de amor: *En este desenlace... el personaje, por su parte, termina en una situación distinta, porque protagoniza el retorno último y definitivo a la realidad –como lo señala el cuarto verso que carece de “imaginario”- y a la naturaleza íntima del poema: una pena de amor, la irreversible ausencia de la “mujer imaginaria”. El único sustantivo no adjetivado es “dolor”: ese mismo dolor frente al cual incluso el placer del amor pasado es imaginario. El dolor de amor es el único absoluto dentro de este mundo de “imaginarios” relativos.*²

Para Parra, la vida del hombre imaginario está sumergida en el dolor no-imaginario, que ensombrece/ilumina todo lo demás como imaginario. Sin duda es una situación de pena, melancolía y anhelo de gran hondura, en el cual no hay sedantes para la experiencia de dolor. Nada puede llenar el vacío que ha dejado la persona querida, y desde esa experiencia el resto de la situación y mundo se revelan distintos, circundantes, imaginarios. El literato Cristián Warken, en una de sus columnas a un conocido diario de nuestro medio, frente a la muerte de su pequeño hijo y la muerte de nueve jóvenes en un trágico accidente, escribe en sintonía con «El Hombre Imaginario»: *Nada podrá llenar sus piezas vacías, sus puestos en la sala de clases, ese silencio y esa ausencia que vibran tanto alrededor nuestro cuando*

¹ Ibáñez Langlois, José Miguel; *Para leer a Parra*. El Mercurio-Aguilar (2003).

² Ibáñez Langlois, José Miguel; *Para leer a Parra*. El Mercurio-Aguilar (2003). p. 98.

*alguien tan joven se va.*³ Frente a lo irreversible de la partida, la ausencia y el silencio *vibran* como experiencia real, no eludible, pero que augura una forma de vida, pues el dolor no aparece como quietud de tumba, sino como vibración que remece.

Así también lo vislumbró Dietrich Bonhoeffer (1906-1945), pastor y teólogo protestante, enviado y muerto en los campos de concentración nazis por su activa oposición al régimen de Adolf Hitler. Mantuvo desde prisión una comunicación epistolar con sus seres queridos, cartas que fueron guardadas y publicadas, y en las que aparecen atisbos teológicos de la vivencia de la ausencia radical de sus seres queridos, por su situación de abismante encierro. Desde ahí, Bonhoeffer se cuestiona por su sufrimiento ante la ausencia de sus cercanos, en el vacío creado por la separación de los que extraña y necesita; comenta así: *Según mi experiencia, no existe mayor tormento que la añoranza [...] Si a nosotros se nos separa durante largo tiempo de las personas a las que queremos, somos incapaces de encontrar una sustitución barata en otras personas [...] Sólo podemos esperar y esperar. Tenemos que sufrir indeciblemente con la separación, tenemos que sentir añoranza casi hasta el punto de enfermar, y sólo de esta forma mantenemos en pie la comunidad con los seres a los que queremos, aunque sea de forma muy dolorosa.*⁴ El autor plantea una ética ante la ausencia, en la que pierde sentido y cae en la banalidad el sustituir artificial y forzadamente el espacio dejado por la ausencia de otro(s), pues de esta manera se trastoca el vínculo real y profundo que se sigue manteniendo con la persona. En la distancia la relación, que antes era plena y dinámica por la mutua presencia, ahora, según Bonhoeffer, sólo puede mantener su profundidad y veracidad en su vivencia más concreta: la realidad

³ Warken, Cristián; Columna para el diario *El Mercurio*, día 4 de Septiembre del 2008. www.elmercurio.cl.

⁴ Bonhoeffer, Dietrich; *Resistencia y Sumisión*. Ediciones Sígueme (1983). p. 123.

del vacío dejado por el otro, en el cual se actualiza vivamente la relación, aunque sea desde el dolor más sofocante.

De aquí surge la pregunta por el desenlace de esta situación, *¿esperar y esperar hasta qué?*, ¿acaso el dolor de la ausencia, en la fidelidad del vacío dejado, es una tragedia desde su principio hasta su fin? En perspectiva cristiana, relato que en su núcleo es un relato de muerte y resurrección, o sea, de buena noticia en última instancia, la Teología debe responder que no, como así lo hace Bonhoeffer. Desde el aislamiento de su prisión, este teólogo protestante se hace la delicada pregunta por el rol de Dios en la situación de dolor por la ausencia, la interrogante por un Dios misericordioso y que prometió seguir presente con los suyos hasta el fin del mundo. Sin anestésicos, Bonhoeffer escribe así a sus amigos, en la soledad de la noche de navidad de 1944: *Porque al quedar el vacío sin llenar, (éste) nos sirve de nexo de unión. Es equivocado decir que Dios llena ese vacío; Dios no lo llena de modo alguno, sino que precisamente lo mantiene vacío, con lo cual nos ayuda a conservar –aunque sea con dolor- nuestra auténtica comunión. Por otra parte, cuanto más hermosos y ricos son los recuerdos, más dura resulta la separación. Pero la gratitud transforma el suplicio del recuerdo en una callada alegría... Entonces emanan del pasado una alegría y una fuerza duraderas.*⁵ Bonhoeffer le entrega una reflexión teológica a su ética; sorprendentemente, ni siquiera Dios llena ese vacío dejado por ese otro ausente y anhelado, todo lo contrario, lo deja intacto en pos del mismo fin comunitario y vinculante que antes vislumbraba nuestro autor. Por duro que parezca, no hay consuelo ni sustituto que valga, sólo la memoria, el recuerdo de lo vivido. Como el mismo pastor lo plantea en otro párrafo, los recuerdos son un tesoro⁶, no para vivir en la melancolía de ellos, sino para traer

⁵ Bonhoeffer, Dietrich; *Resistencia y Sumisión*. Ediciones Sígueme (1983). p. 130.

⁶ *Ibid.*

a la mente de tiempo en tiempo, la gratitud de lo que alguna vez fue y que de alguna manera sigue siendo. Sólo así se da paso a una relación profunda y sincera, a una presencia que pervive en la ausencia, que, según Bonhoeffer, da el paso del dolor a la alegría, de la desesperación a una misteriosa gratitud y alegría.

Esta especulación teológica sigue circunscrita en el marco del misterio, en una fe en un Dios retirado ante el vacío, que no busca ser una ética universal, sino una propuesta que vincula fe y ética, abandono al misterio y esperanza en el amor, aunque sea plasmado en el dolor. Cristián Warken ilustra en sus palabras esta experiencia del misterio de la alegría ulterior, desde su propia vivencia de pérdida de un hijo: *Sin esos misterios, nuestras vidas serían opacas, vacías, duras. Recién ahora empezamos a vivir, alimentados por el misterio que deja su ausencia. Antes de que ellas se fueran, creíamos vivir, pero estábamos muertos. La tristeza nos va a mostrar una "prosperidad bienaventurada" que jamás imaginamos. Yo sé que esto último es muy difícil de entender. Yo todavía no lo entiendo.*⁷ La experiencia de paz y alegría que aparecen posteriormente, luego de un largo duelo no eludido, surgen como misterio; no se puede decir que hay lógica detrás de esto, pero de alguna manera el vínculo alguna vez creado y profundizado subsiste en el dolor de la ausencia y cobra un nuevo matiz en el tiempo y en el hombre.

Todo lo anteriormente dicho parecería aproximarse en una mística del dolor, y puede que así lo sea, pero no como pretensión universal, sino como propuesta para vivir la vida y sus oscuridades, como también para asumir la fe en dichas circunstancias, fe que adquiere un nuevo sentido y un mayor compromiso con los dramas del hombre, como se mencionó anteriormente, sin anestésicos espirituales. La fuerza que mueve la fe ante la ausencia, encuentra su fuente en lo más profundo de la experiencia vital humana, pero

⁷ Warken, Cristián; Columna para el diario *El Mercurio*, día 4 de Septiembre del 2008. www.elmercurio.cl.

también en la confianza de una promesa hecha hace dos mil años, promesa que se actualiza en el misterio y en la esperanza cierta de una presencia que salva y vive entre nosotros. Es una esperanza, que en palabras de Bonhoeffer, debe, justamente, *esperar* para encontrar su mayor plenitud, sólo así puede responder a la verdad del hombre, desde lo que el hombre es y vive.

¿Y qué pasa con el dolor no-imaginario del hombre imaginario? ¿acaso dará paso a una paz, una alegría? Podríamos elucubrar una serie de conclusiones desde lo aquí propuesto, pero me quedo con la nitidez del relato de Nicanor Parra. En su poesía encontramos una lucidez implacable frente a la temática del dolor por la ausencia del ser amado, una aproximación frontal y sutil hacia el drama sentimental, pero también existencial en que se encuentra el hombre imaginario. El poema aparece como un grito a la teología, como una caída en cuenta de una realidad cruda, pero no por eso menos bella. La teología, la fe y la Iglesia encuentran aquí un lugar para volver a preguntarse por su vitalidad y vigencia, cuestionadas por la realidad humana misma que invita a guardar silencio ante el secreto del misterio, ante preguntas que no encuentran respuestas inmediatas, sino vividas, en el espacio abierto para que brote en lo profundo del hombre esa posibilidad de la presencia ausente de *alguien*, que resuena como una voz pasada que acompaña, inquieta y anima hasta el fin.